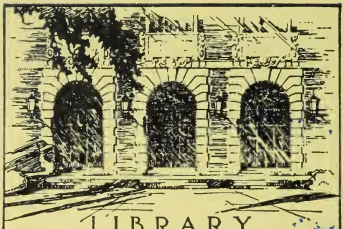
865B855
On1916



LIBRARY
OF THE
UNIVERSITY
OF ILLINOIS

865B855
On1916

The person charging this material is responsible for its return to the library from which it was withdrawn on or before the **Latest Date** stamped below.

Theft, mutilation, and underlining of books are reasons for disciplinary action and may result in dismissal from the University.

To renew call Telephone Center, 333-8400

UNIVERSITY OF ILLINOIS LIBRARY AT URBANA-CHAMPAIGN

MAY 13 1982

JUN 4 1982

APR 11 1997

L161—O-1096

Digitized by the Internet Archive
in 2016

https://archive.org/details/nacares00buen

365B86
On

ROGELIO BVENDIA

NÁCARES

NÁCARES

ES PROPIEDAD

Queda hecho el depósito que marca la ley.

SEVILLA : Imp. de J. L. Arévalo : Sierpes, 51

ROGELIO BUENDÍA

NÁCARES

LOS ROMANCES ·:· LA ENCANTADA
PEREZA ·:· EL PERFUME EVAPORA-
DO ·:· LA SOMBRA

...Tuus, ò regina, quid optes
Explorare labor: mihi capessere fas est.
Tu mihi quodcumque hoc regni, Tu sceptras Jovemque
Concilias: tu das epulis accumbere Divûm...

Virgilio (Æneidos. Lib. I.)

Quòd si me Lyricis vatibus inseres,
Sublimi feriam sidera vertice.

Horacio (Carminum. Lib. I, Od. I.)

Quand je serai mort, si quelqu'un trouve ces vers:
qu'il aille près des quais d'une ville et te cherche;
qu'il t'explique ce que l'on appelle un poète
et que là-bas des oiseaux d'or sont sur la mer
où nons avons vécu, amie, avant de naître.

Francis Jammes.

865B855
On 1916
ROMANCE
DEPARTMENT

LOS ROMANCES

(PRIMAVERA)

A EDUARDO MARQUINA

362794

Nunc decet aut viridi nitidum caput impèdire myrto,
Aut flore, terræ quem gerunt solutæ.

Horacio (Carminum. Lib. I, Od. IV.)

Freude, schöner Götterfunken,
Tochter aus Elysium,
Wir betreten feuertrunken,
Himmlische, dein Heiligthum.

Schiller.

Y'avais vu antrement, alors, le mois de mai,
car mon cœur est fait pour aimer sans cesse.

Francis Jammes.

El amor secreto.

I

Amiga, novia, que te quedas llena
de la melancolía del recuerdo,
para que los recites cuando pienses
en mí, te escribo estos fragantes versos.

Estos versos rendidos de amargura,
que escucharás aunque te encuentres lejos,
a visitarte irán todas las albas,
cuando despiertes de tus claros sueños.

Y serán como gotas de rocío
en la noche de seda de tu pelo;
como gotas de luz en tus pestañas,
y como blanda música en tu pecho.

II

Oh dulces ojos que, de amor, hicisteis
frágil mi voluntad de fuerte acero,
y que pasáis cual líricas baladas
por el verde collado de mis sueños.

Oh tus ojos, tus ojos que, clavados,
como negros y erráticos luceros,
llenan de luz mi alma enamorada
y de ambrosía el vaso de mi pecho.

Por tus ojos haré que la armonía
de estas palabras surja de un venero
en que lloren de música las fuentes
bajo el dosel dorado de los cielos.

III

Amiga, novia, que te quedas triste
en la tediosa vida de tu pueblo,
después de haber amado a tu poeta
que supo amarte con amor de ensueño;

al separarnos, la ilusión se ha roto
en un llanto nocturno y en silencio,
como una estrella errante que se escapa
y cae, rota en luces, al misterio.

Amame como se ama a los hermanos
que, niños todavía, se murieron,
que nuestro amor es un amor naciente
y que se muere por ausencia enfermo.

Cuando tus pasos vayan al camino
en que mis manos a tus manos fueron,
reza por mí como si no existiese,
como si de dolor me hubiera muerto;

que yo te guardaré, dentro de un nido
blando, todo este amor tibio y secreto,
te guardaré un perfume de nostalgia,
rosa, como las flores del almendro.

Y cuando en tu retiro te enamores
de otro que no sea yo, tus ojos negros
llenarán de rocío las marchitas
rosas de la guirnalda de mis versos...

Los romances de Claudina.

Y'ai volu, par orgueil, dédier quelques vers à une personne comme toi: douce, tendre, absolument incapable de les comprendre.

Francis Jammes.

I

Mujer que has pasado en mí
como mano perfumada,
mujer que supiste dar
transparencias de champaña
a mi vida balbuciente,
mujer que has pasado en mí
como mano perfumada.

Yo sé que nunca podrás
comprender estas palabras
que, al oído y lentamente,
le estoy diciendo a mi alma,
mujer que has pasado en mí
como mano perfumada.

Estos romances, jamás
llegarán a tu mirada,
¡cómo quiero yo que lleguen
a tu alma mis palabras!

Pero esta noche has venido
hasta el borde de mis sábanas
a darme, con tu recuerdo,
unas «buenas noches» cálidas,
con la voz tuya silbante
de seda que se rasgara.

Y he querido responderte
en romances, con palabras
que me digan mucho a mí
y a nadie le digan nada,
mujer que pasaste como
una mano perfumada.

II

Por el jardín y a la luna
rosas íbamos buscando.
No había rosas. ¿Tú te acuerdas?
¡Cómo temblaba mi mano!

No había rosas. Tú querías
un ramo para besarlo,
para besarlo, y después
de besarlo, deshojarlo.

Por el jardín y a la luna
rosas íbamos buscando.

Claudina, ¿te acuerdas? Era
una velada de Mayo,
Mayo en Sevilla y sin rosas,
absurdo mes perfumado
de azahar y de claveles,
pero de rosas exhausto.

Por el jardín y a la luna
rosas íbamos buscando,
rosas donde refrescar
nuestros labios insaciados.

Una rosa me encontré
en el jardín, a tu lado...
¿Te acuerdas? ¡Eran tan bellos
aquella noche tus labios!...

III

Por la alameda sembrada
de redondelas de luna,
hice a mi alma jurar
ser toda la noche tuya.

Venus, jadeante, no
quería dejarnos nunca
y nos perseguía como
al tren persigue la luna.

Tú me decías: —Rogelio,
mira qué estrella más rubia
y más blanca; ¿no parece
que es una mujer desnuda?

¿Tú ves esa estrella blanca?
No nos abandona nunca;
así seré yo contigo,
siempre tuya, siempre tuya.

—Claudina, de mí tendrás
por recuerdo, sólo una
visión de un hombre que supo
decirte cosas absurdas.

Venus ocultó su cara,
que era una cara de burla.
El camino iba sembrado
de redondelas de luna.

IV

Tus ojos se hacían claros
como el topacio del vino;
¡divinidad de unos ojos
por el deseo encendidos!

Tus labios rojos, se hacían
más sensuales, más finos,
como para hundirse en mí
como espada de dos filos.

Con unos ojos punzantes
y unos labios de dos filos,
dime, Claudina, si no
ibas a dejarme herido.

Tus pechos eran volcanes
sin cráteres y encendidos;
dos volcanes que tuviesen
una floración de guindos.

Tu flor aterciopelada
era, más que flor, un nido
donde mi amor se escondió
muerto de sed y aterido.

Con tus pechos tan ardientes
y tu tibia flor de nido,
¿ibas, Claudina, a dejar
que me muriera de frío?

V

Vivimos en unas horas,
¿te acuerdas? Ya no te acuerdas.
Vivimos en unas horas
por toda una vida entera.

El zumo de nuestras vidas
salió todo. Quedó seca
la cáscara del limón
jugoso del alma nuestra.

Bailamos, reímos; yo,
a través del champán, era
Romeo, Dafnis, Paolo;
tú, Julieta, Cloe, Francesca.

Hoy vienes a revivirme
todo un mundo de pavesas
y en el recuerdo esfumada
hasta mis párpados llegas.

Vivimos en unas horas,
¿te acuerdas? Ya no te acuerdas.
Vivimos en unas horas
por toda una vida entera.

El romance de Clorinda.

Piel de raso, piel de rosa,
tu blancura yo no sé
de dónde y de qué está hecha,
que no pareces mujer,

Cuando pusiste tu mano
entre las mías, pensé
que una estrella o que una rosa
me acariciaba, mujer.

Me acariciaron tus ojos,
piel de raso blanco, piel
de rosa, y estos romances
hago para ti, mujer.

Piel de raso, piel de rosa,
tu blancura yo no sé
de dónde y de qué está hecha
que no pareces mujer.

El romance de Amparo.

Nombre español de Amparo,
tienes el mismo eco
suave y restallante
del sonido de un beso.

Nombre que en una sílaba
los labios sienten miedo,
se unen temblorosos
y se separan luego.

Te pronuncié en un día...
Mis dos labios se unieron
y al llegar a la última
sílaba se me abrieron.

Después de tu sonido,
Amparo, fué el silencio
el que, frío y agudo,
se me clavó en el pecho.

Epitafio
a la primavera.

Entre los álamos blancos del campo,
entre los álamos busco mi senda;
entre los álamos blancos de ensueño
se me ha perdido la primavera.

La primavera mía que huía
de entre mis manos como una estrella;
la primavera que se me ha ido,
llena de rosas, por una senda.

Por una senda que, entre los álamos,
iba sintiendo sus pies de seda,
sus manos tibias que cuanto tocan
hacen guirnaldas de madreselva.

Entre los álamos blancos se ha ido,
llena de rosas, la primavera;
entre sus manos era mi alma
una guirnalda de madreselva.

LA ENCANTADA PEREZA

(VERANO)

A RAFAEL CANSINOS-ASSENS

Tu m'avais dit: Sommeille... J'ai subi ton desir. Oh! sur mes yeux l'haleine épaisse de ton sourire.

Paul Fort.

Ce beau soir, cœur à cœur, mains aux mains, seul à seul, ma mie, chantons la gloire de la mort du soleil.

P. Fort.

Et la lune et l'amour se partagent la nuit.

P. Fort.

Invocación
a la pereza.

Mi voluntad se ha muerto una noche de luna...
Manuel Machado.

Oh, pereza, pereza, divina engendradora
de todos los ensueños y todos los deleites,
déjame que te nombre mi única señora
y te unja de rosas y olorosos aceites.

La lámpara suave de tu vaga quimera
alumbre siempre, siempre, mi corazón arábigo.
La constancia es la prosa, la actividad espera
y desespera y anda por el miedo del látigo.

Mi voluntad, contigo, no es voluntad, se absorbe
en el tibio perfume de tu oriental tristeza.
¿Mi voluntad? Yo sólo concebiría el orbe
en un gesto encantado de divina pereza.

Vaga sombra que cierras mis ojos y que pones
en mis carnes la dulce sensación de la nada,
yo no sé qué opio tienen tus veladas canciones
ni qué curare encierra el filo de tu espada.

Pereza: sólo vivan para ti mis sentidos:
mi boca para hablarte, mis ojos para verte;
sólo escuchen tu música mis cansados oídos...
Pereza, un desperezo dame para mi muerte.

Canto de cosecha.

Tarde dorada. La viña
es algo de gentileza.
Ven, amor, que yo te ciña
con pámpanas la cabeza.

Tarde de Agosto. Tú eres
como las uvas: promesas
quiméricas de placeres...
Amor, ven, te daré de esas
uvas de besos que quieres.

Tarde dorada. El calor
pesa en nuestra sangre como
un cielo inmenso de plomo,
que nos matara de amor.

Tarde de amor. Este zumo
al alma pone encendida,
y, como si fuera de humo,
se nos escapa la vida.

¡La cosecha!... Las mujeres
van cantando entre las hojas.
Triunfa Baco. Lleva Ceres
trigo y amapolas rojas.

Tarde dorada. La viña
es algo de gentileza.
Ven, amor, que yo te ciña
de pámpanas la cabeza.

I

El zafiro del mar está dormido
en la muerte absoluta de un momento;
por los rayos del sol ha muerto el viento,
la nave del amor se nos ha ido.

Julio, lleno de frutas, ha venido
en una barca de oro... ¡Pensamiento,
corazón! ¿escucháis su paso lento,
con isócrono ritmo de latido?

Oh, las tardes de julio, en que se siente,
frente a una vela que se va alejando
de nuestro puerto, una ansiedad serena,

y en que, bajo el marfil de nuestra frente,
sentimos, ante el sol, que madurando
va un pensamiento, un verso o una pena...

II

El mar, desfallecido, se ha dormido
en la fina almohada de la playa.
Azul es todo a fuerza de ser puro:
el cielo, el mar, tu blusa y tu mirada.

Pareces una rusa o una inglesa:
tan rubia, tan angélica, tan blanca;
una inglesita que soñase en rosa
y en azul y que fuera muy romántica.

Vas deshojando flores entre bojes
y entre las verdinegras araucarias.
El jardín es azul, de Rusiñol,
son azules los sueños de tu alma.

No quiero despertarte. Sigue el sueño.
Yo pasaré sin que te diga nada.
El mar, desfallecido, se ha dormido
en la fina almohada de la playa.

III

Olor de apio, mejorana y ruda,
olor a campo, a huerto, a higuera al sol.
Babea en los manzanos y se pierde
en su cúpula blanca el caracol.

El galgo anda buscando un charco donde
mojar la seca lija de su lengua.
El día se nos hace largo... Sueño...
La noche, tibia y música, se amengua.

Parece nuestra sangre de beleño
que nos envenenara el corazón.
Olor a ruda, a mejorana. Sueño.
Está el aire sin viento ni canción.

IV

Tu mano, esclava rubia, tiene ritmos
de mariposa que se recostara,
como sobre una flor, sobre las rosas
perfumadas y tibias de mi cara.

Tu pelo, esclava rubia, tiene el oro
adamascado de una margarita;
tiene tu pelo el roce de una seda
tejida por la Venus Afrodita.

Tu boca, esclava rubia, tiene besos
de miel y vino ático, tu boca...
esclava rubia, mírame, tú tienes
entre los labios una sierpe loca.

Vacia en los pebeteros las acerras,
dále a comer tu cuerpo a tu anfitrión...
Tu boca es una sierpe que se enrosca,
como un pámpano verde, al corazón.

V

Aquí me tienes, amante mío. Tómame tal como soy: Sin ropas, ni joyas, ni sandalias siquiera.

Pierre Louys.

Esclava rubia, entre las rosas, bésame
al son del arpa, para que, entre sueños,
crea que quien me besa es una rosa
que tuviese una música por beso.

Esclava rubia, cuando te inclines
sobre mi hombro, unge tu cabello
con ungüento de nardos, y tu frente
con nieve de los montes y romero.

Y creeréme, cuando esté dormido,
que voy, entre las rosas y los nardos,
por una selva umbría donde el sol
sería tu cabello perfumado.

Y, cuando me despierte, esclava rubia,
descórrete la túnica y digamos
que ha venido hasta mí la propia Venus
hecha música, rosa, sol y nardos.

VI

El secreto.

Escucha una palabra solamente,
una palabra que es un universo,
que es ritmo, canto, música de verso,
que es como un bello corazón viviente.

Escucha la palabra, reverente,
como si fuese el ángel de la tarde...
Escúchame... ¡Mi frente cómo arde!
¡cómo arde el misterio de mi frente!...

¡La palabra!... Mi vida es un arcano...
Desgárrame la túnica y tu mano
pon en el cráter de mi ardiente pecho.

Pósate en mí cual pájaro en su nido.
La mágica palabra está en acecho.
Haz de tu boca un sonrosado oído...

VII

Tus dientes en la fruta! Tú reías
en la solemne soledad del campo,
como si la dulzura del albérchigo
diérate savia bulliciosa y joven.

¡Tus dientes en la fruta! Tú cantabas
entre el verde lozano de los árboles,
como si la dulzura del albérchigo
diérate gozo y amorosa lumbre.

¡Tus dientes en la fruta! Oh tus agudos
dientes tan frescos y olorosos... Muérdeme,
como si fuesen mis ansiosos labios
el terciopelo rojo de un albérchigo.

VIII

Tú llorabas de amor. Yo te decía
versos en que sintió el Infierno Dante.
Tu boca pedigüeña repetía:
La bocca mi baccio tutto tremante.

Tú llorabas de amor. Yo te cantaba
viejas trovas de guerra. Alucinante,
tu boca pedigüeña recitaba:
La bocca mi baccio tutto tremante.

Tú llorabas de amor. Yo componía
un madrigal a tu beldad triunfante.
Y tú cantabas con melancolía:
La bocca mi baccio tutto tremante.

Tú llorabas de amor. Yo te besaba.
Y al beso de mi labio delirante,
tu boca pedigüeña suspiraba:
La bocca mi baccio tutto tremante!

IX

Flor extraña, luciente flor extraña
que, desde los jardines de París,
has venido al jardín real de España,
¿eres camelia blanca o flor de lis?

Flor ambigua, de exótica elegancia,
que has llegado al jardín español
del vergel perfumado de Francia,
¿eres orquídea, rosa o girasol?

—Soy una flor que hiere, flor que ciega
y que mata tan deliciosamente...
Poeta, ven hasta mis labios, llega
a mí, que yo te besaré en la frente.

X

—Amor me inspiran las nubes que pasan
por allá abajo... ¡las maravillosas nubes

Baudelaire.

Para tu tibia frente de serena
tranquilidad, yo tengo pensamientos
que te harán columbrar lo que se oculta
a la mirada; te daré el misterio

de lo que se entremezcla en lo divino...
¿Qué piensa ese celeste pensamiento?

—Piensa en la lucidez de las ovejas,
en la tranquilidad de los carneros
que suben por el monte, en la delicia
del prado verde y del regato fresco;

piensa en la dulce leche de las vacas
y en la madera fuerte del robledo;
piensa en la siembra, en la bendita uva
que dará de su sangre vino nuevo;
piensa...
—¿En qué piensa?
—En nada...
¡Cómo cruzan las nubes por el cielo!

XI

¡Oh boca, no te abras! Tu silencio
es tan maravilloso, que diríase
que fuera el surgimiento de una estrella
en mi cielo monótono.

¡Oh boca, no te muevas! Tu adorable
quietud es un paisaje abandonado
en las riberas áridas de un río,
del río de mi vida.

¡Oh boca, no te rías! Tu esfingismo
es como una granada medio abierta,
como una rosa en medio del desierto
de mi camino largo.

¡Oh boca, no pronuncies las palabras
en que se deshará, como una luna
en el cielo del alba, el espejismo
de creérteme mía.

EL PERFUME EVAPORADO

(OTOÑO)

A MANUEL SÁNCHEZ-PIZJUÁN

Vel cum decorum mitibus pomis caput
Autumnus arvis extulit...

Horacio (Carminum.-Lib. Ep. Od. II).

Je mettrai ma main dans la tienne,
et tu me conduiras dans l'ombre
où tournent les feuilles d'automne...

Francis Jammes.

...el pecho del amor muy lastimado.

San Juan de la Cruz.

El perfume evaporado.

Todos los perfumes, todos,
todos menos uno, ¿sabes?
Todos los perfumes menos
ese que no puedo darte.

Yo te embriagaré en incienso,
en azucenas, en áloe,
en violetas, en rosas
que no haya gozado nadie.

Mis ojos están sin lágrimas,
tengo un corazón de jaspe;
golpéalo, aunque lo hieras,
no saltará nunca sangre.

Ay, mis versos olerán
a rosa, a violeta, ¿sabes?
Todos los perfumes menos
ese que no puedo darte.

En la noche serena.

Soñemos esta noche, y el pasado
se haga sol, y la luna poesía
del día caluroso y perfumado...
En la noche, soñemos con el día.

Se fué el día, soñemos con el día.
La luna nos recuerda al sol; lo oscuro
era verde; lo triste era alegría;
lo que entonces pensábamos, más puro.

En la noche serena, los dorados
son más suaves; tienen las mujeres
los dardos de los ojos afilados
como puntiagudos alfileres.

En la noche serena, se desgarra
la voz de una canción con una pena
más grande que en el día, y la guitarra
tiene más de gitana y agarena.

Sevilla se recuesta en su almohada
suave y olorosa de azahar,
¡como una dulce novia desposada
que cerrase los ojos para amar!

Lo que se va, se ama con más brío:
Fiesta en Sevilla: toros, sangre y oro...
¡Sol que te desangraste, como un toro
en la Plaza, sobre el tisú del río,
como un toro en la Plaza... sangre y oro!

Se fué el día; soñemos con el día.
En la noche serena, lo pasado
nos da la sensación de poesía
de un fragante perfume evaporado.

I

El otoño es la bruma, es lo indeciso
en la quietud de los jardines, es
algo tan triste y negro, tan inciso
como la rasgadura de un ciprés

sobre un cielo color de perla gris.

En mi espíritu sangra, a tu tristeza
y a mis recuerdos, una flor de lis...

El otoño es recuerdo de belleza,
de primavera en flor, otoño es
la flor de lis, herida que se encona,
como la rasgadura de un ciprés...

—Amada, ponme, con tus manos de hada,
sobre la frente, la inmortal corona...
—¡Al laurel lo ha secado la otoñada!

II

Por la dulce presión de tu mirada
sobre mis ojos húmedos de llanto,
mi espíritu llegó a ser una rosa
tranquila, que murió sobre tu mano.

Me miraste... Me acuerdo que tenía
yo entonces un espíritu tan blanco
que era sol sin celajes, sol tan puro
que lloraban los ojos al mirarlo.

Y tú, blanca azucena sin malicia,
pasar quisiste un día por mi lado
y, al saludarme, hiciste de mi espíritu
una cándida flor para tu mano.

III

En este mi destierro perfumado,
vienes a mí como una ensoñación
que pusiera de nácares nevado
el jardín de mi dulce corazón.

Cuando miro en el fondo del pantano
o en el arroyo de corriente clara,
me llamas con la risa de tu mano,
me hablas con la risa de tu cara.

Y siempre tú, mi ardiente sulamita,
vas a mi lado con tu risa loca
deshojándola en líricos arpegios,

como deshojas a una margarita
entre el alba rosada de tu boca
y entre el ocaso de tus dedos regios.

IV

Riendo tú y llorando yo, pasemos
la vida raudamente, y sea la vida
una tierra que, prófidos, sembremos
con elixir de nuestra propia vida.

Tú, riendo, darás música al prado,
y yo, con mi llorar, daréle fuerza.
Colócate a mi lado, aquí, a mi lado,
para que aunemos nuestra propia fuerza.

Llorando yo y riendo tú, seremos
gozo y angustia, que es la propia vida,
y, riendo y llorando, pasaremos
con dos cuerpos y un alma por la vida.

V

La sonrisa ha cruzado por mi boca
como una estrella errante por el cielo,
en un abrir de flor, en una loca
carrera de pasiones, desatada...

¿Adónde vas, sonrisa, que mi hielo
no te haga marchitar?... Sobre la helada
ceniza de mis viejas ilusiones
se ha quedado dormida tu mirada...

Mi sonrisa ha escuchado tus canciones,
hechas con un suspiro de la brisa...
Todo duerme y en nuestros corazones
se ha quedado dormida una sonrisa.

VI

Solamente nos queda de la vida
esta mueca que nos dejó el Destino.
Antes yo te decía Monna Lisa
y tú me motejabas de Aretino.

¿Carcajada? La nuestra; carcajada
que se marchó como se fué el amor...
Antes tenías la boca almibarada,
hoy al almíbar se le fué el dulzor.

¿Que la risa armoniosa de mi beso
en otro oído sonará a pasión?
Para que así no sea, me atravieso,
con un puñal de hielo, el corazón.

VII

No sé si tu mirada me acaricia
o me odia; tu pupila transparente
es una esfinge de cristal azul
quieta bajo la arcada de tu frente.

No sé si tu mirada es un tranquilo
remanso de tu alma o si tú pones
transparencia en tus ojos, para hacerles
una máscara azul a tus pasiones.

No, no; tu azul tranquilo no es de odio,
ni de amor, que he tenido la evidencia
de ver dormir de tedio en tu mirada
algo lleno de azul indiferencia.

VIII

Ayer, al saludarme, yo no sé
lo que que sentí, ni lo que me dijeron
tus ojos adormidos; lo que vi
es que unas rosas de dolor murieron

sobre tu pecho, y que las flores-almas
de tus ojos quedaban sin esencia.
Eso fué lo que vi, en tus ojos claros,
algo lleno de azul indiferencia.

IX

Me tendiste tu mano; esa tu mano
arrancada de un lienzo de Florencia,
y, a través de la piel, sentí en tus dedos
la sangre fría de la indiferencia.

Yo quiero en ti el odio o el amor;
sí, sí, porque yo tengo la evidencia
de que me matarás con el azor
lleno de orgullo de tu indiferencia.

X

Yo estoy enamorado de una estrella
lejana, de una estrella muda y fría
como la nieve, sé que no me escucha
y le hablo, yo sé que no me mira

y la miro; yo sé que no me quiere
y la quiero, yo sé que su argentina
luz acaricia, lúbrica, la frente
de un planeta sin corazón ni vida.

Sol, conviértete en rosa, aunque te mueras
entre mis dedos, aunque tus espinas
se claven en mi alma... Enamorado

estoy de un imposible, de una linda
estrella, yo le hablo y no me escucha,
y la miro..., yo sé que no me mira.

XI

Perfume de sus cartas inocentes
siempre hablando de dudas y de celos,
perfume de sus cartas que traían
la huella de las líneas de sus dedos;

perfume hermano del que rodeara,
como en suspiros, a sus más secretos
encantos, ¿dónde fuiste, que a mis manos
no vienes desde hace mucho tiempo?

¿Has ido hasta otras manos? ¿Has herido
con tus endemoniados sortilegios
a otro corazón?... ¡Oh, tú, perfume
que hueles a cariño herido, muerto!...

XII

El fuego que ha dejado tu mirada
dentro de mí, ¿quién con su mano, suave
como un óleo bendito y milagroso,
apagará? No me responde nadie.

Esta angustia mortal que me devora
desde que de mi huerto te marchaste,
¿quién, con su voz serena y acordada,
entibiará? No me responde nadie.

Este dolor, este dolor humano
que hace girones de mi pobre carne,
¿quién, con su boca en bálsamos ungida,
me aliviará? ¡No me responde nadie!

XIII

Como la espuma que en la orilla queda
después de la caricia de las aguas,
así quedaste en mí, como la espuma,
que, al deshacerse, se ha quedado en nada.

Como la espuma, que antes fué un festón
de la ola, adornastes a mi alma.
la inundaste en blancura, en claridad
tan blanca y deslumbrante que cegaba.

Como la espuma blanca, que en la arena
no deja huella alguna cuando pasa,
así pasaste en mí, risueña y tibia,
como la espuma que no deja nada.

LA SOMBRA

(INVIERNO)

A MIGUEL ROMERO Y MARTÍNEZ

En tanto que nosotros, agobiados por la tortura, nos aniquilamos con los venenos y con las penas; nosotros dos, mi alma y yo...

Sid Mojand (La Id., I).

¿A qué lamentarse amarga, inútilmente? La vida tiene dos fases: primero, la esperanza; después, la desesperación.

Sid Mojand (Jardin Amargo, XIII).

Mais le soleil mort sait revivre, il a brisè tous ses miroirs! Et nous voyons tout revenir, mais il est trop tard pour nous.

Paul Fort.

Dedicatoria a María.

María, yo no sé qué amor es este...
En otro siglo, en otro mundo, fuimos hermanos, fuimos novios, fuimos algo todo amor, todo espíritu. María,

no sé cómo decirla que la adoro...

Estábamos tan juntos, que las almas
mezclaban sus esencias y gozábamos
con encontrarnos uno repetido
en el fondo tranquilo de los ojos

del otro, como dos adolescentes
que jugasen al sol. Era un delirio
de una felicidad incomprensible
en estos siglos y en la tierra y era,

María, un lago azul nuestras dos vidas
esmaltadas de primavera pródiga;
un lago donde el agua fuera el cielo
y el cielo, el agua, y nuestra voz, el viento.

¿Se acuerda usted, María? En la ribera
nos perdimos cogiendo margaritas,
y, cuando nos miramos, yo era otro
y usted otra y el lago era la tierra,

y, con la boca triste, nos perdimos,
uno del otro, por los bosques verdes...

María, ¿estás ahí? ¿Tú eres María,
aquella que, reinando la dulzura
y el amor en el lago que era el cielo,
cogió conmigo margaritas blancas?

Responda usted, María, si se acuerda
de aquel amor que en nuestras almas puso
este dolor que nos dejó poetas
sobre este mundo gris y desarmónico.

Responda usted si me ama como ama
un ritmo a otro, como un verso a un verso,
como ama un latido a otro latido,

y, si me ama, venga a mí y cojamos
en este lago azul estas estrellas
que han reencarnado en margaritas blancas.

Invocación
a la angustia.

Angustia, mano férrea que me ahoga
como la yedra al cedro, mano helada
que exprime al corazón; angustia, reina
de las noches en vela y de las tardes

sin sol y sin amor; angustia mía,
leona estéril y hambrienta; salve, reina,
única compañera de mi noche.

I

La mañana era risa y luz del día.
Ella reía entre los verdes sauces.
Alegría, tú eres en mi senda
una blanca paloma sobre el hombro,

una blanca paloma que a mi senda
vino de no se sabe qué remoto
país, una paloma que reía
y que voló mientras que yo gozaba.

II

Todo estaba, en la tarde, sin latidos:
la luz del sol no calentaba, el canto

del pájaro no estaba ya en el aire,
las voces y las risas eran ecos
y eran paces las luchas de los hombres.

Todo me abandonaba; todo era
como una luz que en las tinieblas muere:
la mujer vino y se me fué riendo,
el hombre vino y se me fué llorando.

III

(¿Y aquélla estrella blanca de mis noches?)
No había seda en los árboles sin viento,
no había oro en el cielo sin mirada.
Todo el ritmo de luz de las estrellas
se había parado... (¿Dónde está la luna?)
Y fué la luna quien segó de cuajo,
con su hoz plateada, mis ensueños.

Entonces tú, oh, angustia, me pusiste
sobre mi corazón tu mano férrea,
y tu dolor se convirtió en deleite,
y mi llanto, en sollozo contenido.

Y yo, desde mi cumbre, te sentía
arrollarte a mi tronco y enclavarte
en mis carnes, lo mismo que la yedra,
que ahoga al cedro entre sus fuertes brazos.

Serenidad.

Al pintor Diego López.

Serenidad que vienes a mi huerto
después de la tragedia de la angustia,
¿por qué estuviste tanto tiempo fuera
de mi dolido corazón de hombre?

Yo te llamé, sediento de tu ritmo
de paz para mi espíritu amargado;
nada escuchabas de mi grito ansioso,
que se perdía en la celeste altura.

Serenidad, amiga silenciosa,
bonancible remanso de mi vida,
unos momentos te tendré en mis brazos
como a una rosa que ha de deshojarse.

Yo sé que te has de ir a otros países
y que quizá no vuelvas a mi huerto;
pero mientras que estés frente a mi alma
has que te bese mi sedienta boca.

Como tu amanecer besó mis ojos
con su rosa y su azul, que yo no sienta
tus pasos que se van como dos alas
hacia la lejanía del ocaso.

Serenidad, por mi amoroso pecho,
por mis ojos cerrados a la vida,
por el dolor que en mis entrañas ruge
como una hambrienta fiera encadenada;

por la fiebre de amor nunca extinguido
que late en mis arterias, por la música
que, sin poder surguir, me ritma dentro,
por la canción sin notas ni palabras

que te escribo soñando, por mi frente
donde se enroscan víboras de ideas,
muéstrate a mí desnuda y apacible,
con frescura de arroyo cristalino.

Ya que a mi soledad llegó tu aurora,
márchate cautamente, no me vayas
a despertar al niño que, en la cuna
de mi espíritu, duerme sonriendo.

Serenidad, tu voz está en mi oído;
pero escucho otra vez la inarmonía
de la tristeza, que me clava ansiosa
en el pecho sus garras inmortales.

La sombra.

Tragedia no comenzada.

DRAMATIS PERSONÆ

El Poeta : La Amada
La Tristeza : La
Sombra.

EN EL CAMINO

Van andando la amada y el poeta.
El camino retuerce sus escuetos
y deshojados árboles al sol.
El polvo de oro cubre al caserío,

lejano y triste, en la llanura yerma.
En un charco, olvidado por los besos
del sol, las ranas croan con tristura,
y un pájaro, olvidado de su nido,
se cuelga, sin cantar, de un árbol.
Todo
es otoñal y pálido.
Las zarzas
están sin flores y la sierra está
sin nieve ni verdura.
Por el río
del horizonte, va una gaviota
cortando el aire como un aspa blanca
de un molino... Las nubes pasan...
Todo
es otoñal y pálido.
Las zarzas
no tienen flores en sus ramas secas.

LA TRISTEZA

Bajo mis garras de luciente acero
tu corazón será como una rosa,
lo arrancaré como quien siega trigo,
lo haré sufrir, lo mataré a sollozos.

EL POETA

Tristeza, ven a mí; tu mano es tibia
como caricia blanca de la luna.
Tristeza, ven y arráncame del pecho
esta rosa sangrienta y deshojada.

LA TRISTEZA

Te pondré perlas en los ojos tristes
y suspiros de amor en la garganta;
pondré en tu cara dos violetas bajo
las violetas azules de tus ojos.

EL POETA

Ven hasta mí, tristeza; que mis ojos
te sientan hecha lágrimas de perlas
y que la sequedad de mi garganta
en sollozos armónicos irrumpa.

La amada va sin voz y sin suspiros,
con el alma cansada de sufrir;
callada, como lira que se queda
sin cuerdas ni sonidos, sin la mano
que acaricie, al pulsarla, su cordaje.
Sus manos caen con el abandono
de la renunciación. Sus ojos negros
son un presagio de la noche.
El blanco
de su rostro parece de una estrella
y el carmín de su boca, de un crepúsculo.

EN EL JARDÍN

La puerta de un jardín.
Los dos amantes
entran en la penumbra musical
de las frondas doradas como bajo
un palio regio de dorados flecos.

La risa suena en medio del jardín
su siringa de caña plateada.
Todo es azul en la arboleda, todo
es un reflejo del celeste cielo.

La risa se desgrana entre las hojas
como una fuente lírica y suave

que tuviese una luna que riera
en el encanto de sus verdes aguas.

Por entre las acacias, el dorado
encantador de todo deja móviles
círculos de moneda de oro viejo.

Pasa el poeta y por la risa pasa
un violín. Todo se mira alegre
en los ojos azules del poeta.

EL POETA

Siento la dulce pesadez del ritmo
sobre mi corazón aleteando.
Llevo la frente ungida de tristeza
y de laurel, de rosas y de espinas.

LA AMADA

Estoy cansada de vivir, cansada
de sostener mi alma con los pies
punzados por las zarzas de la vida...
Tengo frío, ¡qué frío!, tengo frío...

EL POETA

Apóyate en mi brazo...

LA AMADA

Tú no tienes
brazo, poeta, tú no tienes brazo...

EL POETA

Apóyate en mi espalda...

LA AMADA

Tú no tienes
en el pecho costillas; tu desnudo
corazón está fuera de este ritmo
de la vida que siento yo en mis venas...

EL POETA

Apóyate en mi mismo corazón;
sacúdelo, remuévelo y arráncalo;
para servirte de almohada quiso
Dios que saliera tierno y caricioso.

ooo

La cabeza dorada de la amada
se recuesta con gesto de cansancio,
como una flor tronchada por el viento,
sobre el divino corazón. La fuente
canta. El Angelus tiembla sobre el cielo
con sus primeras lágrimas de estrellas.

LA TRISTEZA *(entre los árboles)*

Todo es mío en el mundo, todo es mío...

EL POETA

No tengo fuerzas; me ha rendido el mundo.
El corazón lo tengo tan llagado,
que el roce de la seda de tu pelo
hace surgir gemidos de mi alma.

LA AMADA *(besándolo en la frente)*

Descansa sobre el césped de este verde
jardín... La vida pone rosa nuestro
sufrimiento, la fuente será el músico
de la noche; las flores, el perfume
de nuestra alcoba. ¿No es verdad, mi poeta,
que me amarás entre los sauces como
jamás tu alma idolatró a la luna?

ooo

El poeta recuesta su rizada
cabeza sobre el césped del jardín...
El sueño pone entre sus labios secos
el frescor de una rosa medio abierta.

EL POETA *(durmiéndose)*

El ruiseñor y la arboleda triste...

LA AMADA *(con emoción)*

¿No es verdad, mi poeta, que tus versos
saldrán dorados de alegría y gozo,
cuando juguemos con Amor por estas
alamedas musgosas y sombrías?
¿Tu amor será para mi amor?...

EL POETA *(entre sueños)*

...Las rosas
han coronado mi canción de oro.
Todo está triste y mi secreto nunca
podrá saber el surtidor sonoro...

La sombra pasa con sus pasos tenues
por la musgosa senda del jardín.
La noche es noche ya. La luna llena
pone azul en el blanco de los rostros.

LA SOMBRA

Sólo yo, sólo yo traigo el misterio;
¡el misterio, poeta!... ¿Adónde irás?
¿A qué vienes al mundo? ¿Por qué pasas
llorando? ¿Por qué tienes en el alma
esa angustia sin risa, esa tristeza
sin fin y sin comienzo que te hace
loco? Poeta, ¿por qué sueñas tanto?
Yo te cierro los párpados, te cierro
el corazón para lo externo y pongo
en tus manos la mano de lo absurdo
y en tu alma un vacío perfumado...

ooo

El poeta se duerme sobre el césped,
junto a la fuente que modula alígeros
arpegios de cristal, bajo las ramas
del sauce, junto al élitro del grillo
y frente a la caricia de la luna.

La sombra va limando sus pestañas
—cárceles dulces de sus ojos tristes—
y va rimando versos en su oído
y cincelando ojeras en sus órbitas.

LA SOMBRA *(al oído del alma del poeta)*

Poeta, ¿por qué sueñas, por qué sufres?
Mira la luna, escucha al grillo, escucha
la ardiente queja de tu amada. ¿Puedes
despertar a la vida, emocionarla
con tu canto de triunfo? ¿Por qué lloras
en tus versos dolores que no existen?
Pero, escúchame a mí: Yo soy la sombra,
lo indeciso. Saber es desear...
La vaguedad es toda la poesía...
Poeta, ¿por qué llorás, por qué sufres?...

ooo

Un por qué vibra en la dorada fronda...
Un suspiro, un sollozo se armoniza
con los arpegios de la fuente. Pasa
una nube debajo de la luna.

Pasa una hoja... Pasa una suave
angustia por el alma del poeta.
Y la alegría se hace monorrítmica
entre los negros élitros del grillo.
La amada llora entre las ramas negras.
Sus ojos son azules a la luna.

LA AMADA

¡Oh, poeta, poeta, te has quedado
sin ojos, esos ojos como el cielo,
que me miraban siempre; te has dormido
en el incendio opaco de la noche,
cuando podías amarme con más fuerza,
cuando tus besos iban a sonarme
a ramaje mojado, en la solemne
majestad de la noche perfumada!
¡Oh, poeta, poeta, tú que tienes
un alma que rimaba con mi cuerpo;
tú, que, sin manos y sin cuerpo, hiciste
de mi alma una flor para tus versos;
tú, que me deshojaste, lentamente,
como a una blanca margarita blanca,
ven hasta mí con tus caricias regias,
bajo la luna, y tus canciones dime
entre besos de amor y entre suspiros
que hagan temblar de amor a las estrellas.

LA SOMBRA *(al poeta)*

Escucha, escucha, la tragedia pone
cárdeno el horizonte de tu vida.
Poeta, la tragedia, la tragedia,
te llenará de líricos encantos.
La tragedia ha surgido... ¿No la escuchas
entre el boscaje de la noche? Sigue
durmiendo, soy la sombra, la penumbra
que todo lo hace trágico y lloroso.

ooo

Un relámpago blanco. La mirada
de la amada se pone más azul.
Su boca se contrae. La sonrisa
de su boca se acerca hacia la muerte
en una augusta mueca de misterio.
Sobre el pecho, un relámpago se clava
como una lancinante afirmación.
La fuente llora lentamente. Pasa
un murciélago negro y recortado...
...Entra en la noche una fugaz estrella...

EL POETA *(entre sueños)*

Hoy siento que la vida para mí
tiene sonrisas, lo que nunca tuvo;
siento a mi corazón, alegre y joven,
saltando como un tierno cabritillo.

ooo

La sombra se recoge en el boscaje.
El poeta despierta con la risa,
como una flor, entre sus labios finos.
La tragedia comienza, la tragedia
será como la sueñe cada uno...

EPÍLOGO APOLOGÉTICO

En una antología de poetas andaluces, que era como un vasto monumento erigido a las medianías, descubrí, solitario y magnífico entre aquella plebe gárrula, a este gran poeta Rogelio Buendía. Había llevado a aquellas gavillas de cizaña la única espiga rubia, en forma de un canto ingenuo y sentido. La poesía de lo desconocido. ¿Recordáis, no es verdad?—aquellos versos que empiezan:

Oh la dulce delicia de lo incógnito
que se esfuma en las calles y en los campos...

Desde entonces Rogelio Buendía, por aquel sólo acierto, por aquella única voz de su corazón, agrandada en la áurea tuba del arte, tuvo su hermes de piedra blanca, en mi pórtico de héroes, bajo la luna y bajo la curva caricia de los mirtos. Sólo esto conocía entonces de su obra. ¿Pero se necesita más para reconocer a un gran poeta que un solo signo, cuando éste es el signo sacro de la inspiración? Los que nos complacemos en escuchar la música misteriosa de los corazones y la más sutil que canta tras la curva abombada de una frente plena, sabemos discernir entre las colmenas henchidas y los caracoles vacíos. En Rogelio Buendía, puesto que había acertado a cantar así, había, seguramente, un corazón y un cerebro que fundían sus intenciones y su música para crear belleza: había, pues, un gran poeta. Más tarde conocí su libro *El poema de mis sueños* y allí encontré múltiples hermanas, aunque menores, de la que fué intercesora en nuestra amistad espiritual. La lectura de este libro confirmó en mi estimación al autor de *Nácares*. Encontraba en *El poema de mis sueños*, recogidos en haces armónicos, cuantos sentimientos e inquietudes habían conmovido y hecho tan bella y tan irremediable nuestra juventud-plural fraterno.—

El verso de Francis Jammes o de Samain, el acorde de Schumann, la fragancia a violetas. En algunas páginas, la sombra fina de Juan Ramón. Y entre todo esto, como mirándome por entre ramos de rosas y violetas, en el jardín de la fraternidad, el amigo nuevo, más joven y de voz más pura, como el más nuevo ruiseñor: el nuevo amigo por el

cual se renovaba la lírica inquietud de los antiguos tiempos y las cartas, llenas de azul, venían de nuevo a mi soledad.

En *El poema de mis sueños*, junto a las prestaciones del tiempo y las analogías líricas, anunciábanse ya el sentido personal del poeta y la perfección que cuajó en *Del bien y del mal*, y que ahora grana aquí en racimos copiosos y canta con la música de los frutos nuevos estremecidos; la perfección que en este libro *Nácares* florece y fructifica en poemitas como «La pereza», el madrigal del albérchigo, «Los romances de Claudina» y en composiciones como «Invocación a la angustia» y «Serenidad», poemas de una perfección sobria y precisa, latina y clásica, donde hay versos de oro y mármol, de una belleza entera e infrangible... que encuentran su alivio y su reposo en el doliente remanso de «La sombra»...

Rogelio Buendía nos ofrece aquí su edad viril firme y segura, que canta con voz propia. Pocas inspiraciones de una musa juvenil pudieran compararse con la que en estas estrofas hace vibrar los cálamos sagrados. En la selva de un verde tierno, de la juventud, ha perdido el poeta su débil voz primera y entona ahora sus canciones—silvas para las silvas—con una firmeza de entonación, que a él mismo le sorprende y turba, mientras vuelve la vista a las frondas que se han tornado más duras y opacas, bajo el cielo ambiguo. ¿No es así como los arcades un día, alentando sobre las cañas horadadas, advertían el misterio de su pubertad?

Pero advierto yo ahora que, aunque con un

fervor apologético, estas líneas se han llenado de un anhelo crítico: y para el autor de *Casa en ruina*, la inquietante novela, en que mi pobre Baby ha encontrado un hermano, yo querría que mis palabras fuesen un íntimo mensaje. Es primavera, y la labor del invierno debe mostrarse ahora en belleza ociosa y amable.

Es el tiempo de sentarse frente al cielo y recordar. Como si tuviéramos las manos juntas quiero decirte. Mira: Fué otra primavera, dulce y ungida de agua de cielo como esta, aquella en que mi vida se ornó de tu nueva amistad: época de melancolías, de anhelos y esperanzas, en que mi corazón vagabundo, después de dejar encendidas en la ciudad las más claras luces, emprendía sus paseos solitarios por las rondas, donde florecían las acacias y se desmayaban las estrellas sobre el río de puentes amarillos y desiertos. La amargura del pobre Baby pesaba sobre mí como el recuerdo de alguien que hemos visto morir en nuestra casa; y yo buscaba los lugares más tristes para descansar, frente al cielo, de nubes fugitivas. En aquel tiempo, oh hermano, tú, ausente, fuiste en el coro de las dulces imágenes que sostuvieron con las manos alzadas mi columna de azul; y fuerte y alegre por entre tus lágrimas, trazaste para mí un jovial arco-iris en el camino del poniente. Tú me abriste la antigua puerta de Sevilla, aquella por donde salió mi infancia, vestida de blanco como una loca, y me animaste a entrar en el olvidado vergel funerario, donde tú estabas vivo y vivo. Mira: en aquel tiempo, yo buscaba en la tarde los lugares hacia el mediodía, de

esta ciudad, donde se conserva más tiempo la tibieza del sol, y miraba a las estrellas del sur. Así tú, hermano, por la amistad y por el arte, hiciste mía una tierra lejana y dilataste mi horizonte hacia ti.

Ahora es también primavera, primavera acongojada y sonriente bajo su ambigua frescura pluvial. Agrícola pluvia y nunciante verdor. Veo las cosechas del invierno, y también las recojo en mi alma profunda. Tú me envías tu *Casa en ruina*, donde un varón tierno, digno de otro sexo más dulce, mira a mi pobre Baby en las estrellas, con larga mirada fraterna. Y así se renueva la antigua comunidad mística: y también nosotros, como los demás, lloramos a un joven dios. *Dakruete erotai.* Tú piensas en mí, junto a tu pira fúnebre, nutrida de frescos leños. Yo, sobre las calles de esta dura ciudad, en la noche mía, rodeado de jóvenes amigos que te han conocido, escucho lo que me cuentan y veo cómo modelan con sus manos en el aire sutil una imagen tuya. La frente morena, el pelo oscuro, la sonrisa perdida... Te vemos estrujar ramos de rosas, herir las teclas del piano, escuchar los latidos de un seno de mujer. Y te vemos también—oh poeta que tienes la sierpe de Esculapio—en tu jardín de áloes y eucaliptos y en tu larga galería de rostros pálidos. La noche, esta noche es tuya y se magnifica con tus versos declamados por voces juveniles. Y Aristoy el griego y el evangélico Juan son para ti como diáconos.

¡Oh poeta que tienes la sierpe de Esculapio! Un día, yo iré a llevarte mi corazón enfermo para que veas lo malo en él y me lo cures con tu ciencia que

canta. Y ajustes su ritmo al ritmo bueno. En tanto, tu blanco hermes brillará para mí con dulzura de nácares. Y ahora, oh poeta, ahora que desfallecieron las estrellas en la nocturna vía, y en el día serio, debemos ser graves, ceremoniosamente, adiós. *Selam, ia zahebi!*

R. Cansinos-Assens.

ÍNDICE

LOS ROMANCES (Primavera).

		Páginas
	El amor secreto.	
I	Amiga, novia, que te quedas llena...	7
II	Oh dulces ojos que, de amor, hicisteis...	9
III	Amiga, novia, que te quedas triste...	11
	Los romances de Claudina.	
I	Mujer que has pasado en mi...	13
II	Por el jardín y a la luna...	15
III	Por la alameda sembrada...	17
IV	Tus ojos se hacían claros...	19
V	Vivimos en unas horas...	21
	El romance de Clorinda.	23
	El romance de Amparo.	25
	Epitafio a la Primavera.	27

Páginas

LA ENCANTADA PEREZA (Verano).

Invocación a la pereza. 31

Canto de cosecha. 33

Nácares.

I El zafiro del mar está dormido... 35
II El mar, desfallecido, se ha dormido... 37
III Olor de apio, mejorana y ruda... 39
IV Tu mano, esclava rubia, tiene ritmos... 41
V Esclava rubia, entre las rosas, bésame... 43
VI Escucha una palabra solamente... 45
VII Tus dientes en la fruta! Tú reías... 47
VIII Tú llorabas de amor. Yo te decía... 49
IX Flor extraña, luciente flor extraña... 51
X Para tu tibia frente de serena... 53
XI Oh boca, no te abras! Tu silencio... 55

EL PERFUME EVAPORADO (Otoño).

El perfume evaporado. 59

En la noche serena. 61

Nácares.

I El otoño es la bruma, es lo indeciso... 65
II Por la dulce presión de tu mirada... 67
III En este mi destierro perfumado... 69
IV Riendo tú y llorando yo, pasemos... 71
V La sonrisa ha cruzado por mi boca... 73
VI Solamente nos queda de la risa... 75
VII No sé si tu mirada me acaricia... 77
VIII Ayer, al saludarme, yo no sé... 79
IX Me tendiste tu mano, esa tu mano... 81
X Yo estoy enamorado de una estrella... 83
XI Perfume de sus cartas inocentes... 85
XII El fuego que ha dejado tu mirada... 87
XIII Como la espuma que en la arena queda... 89

Páginas

LA SOMBRA (Invierno).

Dedicatoria a María. 93

Invocación a la angustia. 97

Serenidad. 101

La sombra. 105

EPÍLOGO APOLOGÉTICO, *por R. Cansinos-Assens.* 121

ÍNDICE. 129

SE ACABÓ DE IMPRIMIR ESTE LIBRO, EN SEVILLA, EL DÍA TERCERO DE LA FERIA DE ABRIL DE 1916, EN LOS TALLERES TIPOGRÁFICOS DE JOAQUÍN LÓPEZ ARÉVALO, SIERPES, 51.

LAUS DEO.

Obras de Rogelio Buendía

Poesía.

El poema de mis sueños . . . . . 3 pesetas
Del bien y del mal . . . . . 3 »
Nácares . . . . . 2 »

Las eternas canciones. (En preparación.)

Prosa.

La casa en ruina. (Edición de «La Novela de bolsillo».)

La eterna caricatura. (Novela en preparación.)

UNIVERSITY OF ILLINOIS-URBANA

3 0112 001800116